



1er Premio del XI Certamen
de literatura "Miguel Artigas"

Patrocinio Gil

Me nacieron, un 25 de septiembre del 49 en un pueblo pequeño de la Moraña abulense: Rivilla de Barajas, cuajadito de espigas y amapolas y esas historias viejas que contaba el abuelo y fue, probablemente, este grato paisaje el que encendió de fantasías mis versos que se fueron preñando de sueños e ilusiones, de trenes de las cinco y de Teresa, que está dentro de mí como una víscera, como el agua que cae, por ahí en algún sitio; en las luces y sombras de cuatro o cinco besos, que en el corazón laten. Que entre aquel pueblo mío y sus ojos de menta, aprendí a ver la vida con la íntima sensación de servir para algo y de que la contemplación es, a la fuerza, un exilio y un naufragio y a veces un destino, las raíces de una tierra a la que regreso siempre que puedo porque en ella dejé el corazón y una infancia irrepetible. Que, poco a poco, con el pretexto de la literatura, voy conociendo nuevos paisajes y nuevas esperanzas. Que queriendo o, sin querer, han visto la luz 12 libros de poemas. Que soy socio fundador del Grupo Literario Tétrada, y que la literatura es, junto con mi familia y mis amigos, mi vida. En fin, que para qué más, ¿no...?.



La abuela

Patrocinio Gil Sánchez

Decía *ataúl y pacencia*. Sobre todo desde el día que cumplió los noventa años y se obsesionó con lo de la muerte y eso de esperarla de cara para que no le pillara desprevenida, que se le olvidaron las rutinas de casi todo, incluso las de cocinar, por lo que mi madre, cuando tenía que salir por algo y yo no estaba en la casa, le dejaba papelillos pegados en la puerta del frigorífico con las recetas de cocina, en especial la de las lentejas con tropezones que tanto le gustaban, porque últimamente había dejado de recordar las cosas más elementales como asearse y andaba por la casa como un alma en pena.

Ataúl y pacencia, decía, sentada en la vieja mecedora de mimbre que desde que una era cacanarra siempre estuvo allí, en la galería acristalada que daba al sur, donde el sendero de las hormigas y por donde se accedía a la casa. Que allí se apoltronó y ya no fue ni sombra de lo que había sido hasta ese día. Solamente dormir, abanicarse e ir tomando, cada vez menos, el vaso de leche con galletas que mi madre o yo le llevábamos de vez en cuando. Sin apenas hablar, con lo que le había gustado a ella darle a la lengua, que la casa parecía una tumba desde entonces, como si la abuela, estando como estaba, con sus ojillos azules como el mar que nunca vieron y esa mirada serena que todo lo abarcaba, hubiera muerto ya; aunque morir, lo que se dice morir, no lo hizo hasta tres semanas más tarde, el día de santa Flora: una mañana fría y caprichosa de noviembre que desnubrió las nubes y dejó sobre los charcos sucios y las calles sin nombre el mantillo blanco de la primera nevada.

Ataúl y pacencia. Y lo decía como lo más natural del mundo, porque fue poco a la escuela y apenas si sabía leer y escribir su nombre; aunque la verdad, para nada le hizo falta ya que jamás salió de este pueblo y de su casa donde era la dueña y señora de todos y de todo; que si uno cogía catarro, nada de llamar al médico: un calcetín con sal caliente y a la garganta; lumbago: una cataplasma de achicorias y en dos días, listo. Y así con todo, que era mirarte a los ojos o tocarte y casi te curabas. Y luego estaba lo de la intuición y el ser roto para cualquier descosido. Porque ésa es otra: si se moría uno en el pueblo, ella era la que amortajaba el cadáver, como si fuera un oficio obligado y sin remuneración. Aunque eso sí, las probaduras de las matanzas y la primera hornada de magdalenas, eran para nuestra casa, porque los pobres siempre han sido agradecidos y te pagan con lo poco que tienen; y eso, la abuela, lo agradecía más que las perricas. Mira si era servicial que, cuando la guerra, iba por las cunetas de la carretera enterrando los fusilados del alba, sin importarle el qué dirían o si peligraba su vida, que más de una vez la llegaron a poner la pistola en la nuca y amenazarla con darle el pasaporte si no dejaba de hacer aquello. Pero ella: erre que erre, a lo suyo; porque los pobrecitos no pueden quedarse ahí tirados en medio de la nada, decía. Hasta que una noche, vinieron por el abuelo Martico y ya no tuvo valor para salir hasta la Bajera donde dicen que le fusilaron con otros nueve.

Su casa, desde donde supo siempre la hora que era con sólo mirar a la costanilla, el tiempo que iba a hacer con escuchar el trino de los pájaros o el sonido de las campanas de la torre, o de qué calle era el difunto cuando éstas tocaban a muerto; como aquella vez, sería por las cabañeras de marzo, que tañeron una mañana destemplada y de viento como un cuchillo y saltó al instante como un muelle de navaja cabritero: “¡cojona, con Braulia, la de Nemesio, ya la espichó, la pobre mujer, y eso que el que está malo de verdad es Remigio el de las eras!”. Dijo con desparpajo.

Su casa, a la que cuidaba con esmero y jalbegaba cada año después de la matanza. No en vano, en ella, sobre la cama de colchón de lana de la alcoba vieja, trajo al mundo nueve hijos (que se dice pronto) que fue criando con el orgullo de una madre generosa y alegre; quitando un poco de aquí y poniéndolo allá, como solía comentarle a las vecinas en la solanilla mientras zurcían calzoncillos y calcetines en las tardes de sol maduramembrillos del otoño, o cuando el Cierzo de la primavera, en esa parsimonia en que el pueblo se arrebuja al calorcillo de las cuatro de la tarde y todo era sencillo entre los hilos de la luz, carros que pasaban a los campos, las agujas, los dedales y el criticar, por el mero hecho de hacer algo, en el retoliqueo de algunas que no se explicaban cómo Marciana se las arreglaba para sacar la casa a flote con nueve hijos y un marido borracho que nunca dio un palo al agua, hasta que se lo llevaron aquella maldita alba de otoño metido en nieblas bajas para no volver nunca.

Un poco de aquí y poniéndolo allá, porque su esposo, mi abuelo Martico, al que no llegué a conocer, alias “El Tuerto”, desde que la rama de una encina mocha le saltó un ojo, aquella mañana de San Pedro Canisio metida en lluvia mansa, cuando hacía cisco en la Bajera. Un hombrecillo, que andaba de pastor por Jaraices y antes por Rivilla y antes por Velayos; de uno ochenta de estatura, delgado como un junco, ojos vivarachos y poca disposición para el trabajo, que vivía a salto de mata sirviendo de pastor o jornalero, hoy aquí y mañana allá, en las haciendas de los ricos; porque nuestra familia nunca tuvo tierras, salvo un cacho de huerto que más bien era un pedregal, o haciendo, en los meses de invierno, algo de cisco de encina que vendía por los pueblos de los alrededores, bebiéndose en la taberna las ganancias y presumiendo, por presumir, que él era republicano de los pies a la cabeza, llegando a casa a las tantas y como una cuba. Sin que la abuela jamás le reprochara nada. “Si me tocó en suerte esta cruz, cargo con ella y Santas Pascuas”, decía resignada y

contenta de vernos a todos sanos, aunque ella se deslomara de sol a sol lavando alezos de recién paridas, amamantando niños que no parió y respigando en los rastrojos o cosiendo para doña Consuelo la rentera de la dehesa. “No voy yo a tomarme las de Villadiego”, como la bisabuela Francisca que, harta de que su esposo, un minero de Almadén al que apodaban “El Moro”, se gastara también las pocas ganancias en la taberna y además le pusiera la mano encima un día sí y otro también, lo descuartizó con el hacha, enterró los dentros, manos, pies y cabeza en la cuadra, y el resto lo cargó en los aguaderones en la yegua alazana y se lo llevó, mientras la mañana se despe- rezaba por el cerro de Santa Quiteria, a las Hermanitas de los Pobres de la capital: ¡Para caldo se los dejo, hermanas!. Y ellas, tan agradecidas por el detalle.

El abuelo Martico del que dicen era bravucón y delgado como un junco y con el pelo rubicundo, al que, si no hubieran fusilado en la maldita guerra, se lo hubiera llevado por delante el expreso de Portugal una noche de ventisca, santa Eufemia, cuando volviera de la taberna de celebrar con vina- zo (si hubiera sido chico lo hubiera hecho con coñá, les diría a los parroquianos) que yo había naci- do esa misma mañana. Y al que la abuela, cuando Rogelio el pastor viniera a casa a dar la noticia, correría, como alma que lleva el diablo hasta las vías, trayéndolo a casa entre los brazos, deshecho como estaría, con gran enfado de don José, el médico, al que no le cabría en la cabeza, cómo una mujer ya mayor tuvo temple para cargar con aquel cuerpo partido y hacer lo que hizo. “Porque vamos a ver, Marciana”, le diría, nervioso. “¿No sabes que a un cadáver no se le puede mover del sitio hasta que el juez no da permiso para levantarlo?”.

—¡Qué juez ni juez! Repetiría ella secándose con el mandil el sudor de la frente a la par que le ofre- cía al médico una bandeja con pastas de manteca y una botella de anís para que se sirviera un par de copas y se le pasara el enfado. “Hice lo que tenía que hacer. No iba a dejarlo allí, al pobre hom-

bre, partido en tres pedazos para que se lo comieran las alimañas. Si estaba muerto ¿qué más le daba al juez cuándo se levantara el cadáver y por quién? No me venga con pamplinas de esas don José, que ya nos conocemos”. Eso es lo que imagino hubiera sucedido si los acontecimientos no se hubieran precipitado con lo de la guerra y ahora no estuviera bajo tres palmos de tierra en la solanilla de la Bajera con los otros nueve, donde la abuela me manda algunas veces a que le lleve un ramo de marrubias y le rece una oración por su alma, para luego susurrar entre dientes: “¡el jodío, con lo vago que era y lo que le echo de menos! ¡Señor! ¡Señor!”.

Ataúl porque siempre le estaba dando la monserga a su hija pequeña, mi madre, a la que en el pueblo llamaban “La Seca”, por lo alta y delgada, como el abuelo, aunque su verdadero nombre era, Leocadia; las otras tres: tía Analía, tía Sonsoles y tía Auxiliadora (que no hacía honor a su nombre ni de coña, porque nunca daba nada ni echaba una mano en la casa y tenía siempre el ceño fruncido y una cara avinagrada que no podía con ella; quizá fuera porque tuvo mala suerte con el hombre que le cayó en suerte, un cuerpo con ojos diminutos y pelo crespo de la comarca leonesa del Bierzo que la hizo cuatro varones, ya que ella siempre estuvo un poco enamorada de Salvador, el hijo de los renteros de la dehesa, pero él nunca se fijó en ella y se casó con Carmen, la maestra), así como los cinco hijos, mis tíos: Rafael, Gerardo, Abundio, Paco y Rufino, se buscaron la vida en la capital, de sirvientas las tías y en la construcción los tíos, casándose allí y formando sus propias familias; menos el tío Paco, que nació soltero y soltero para los restos, como solía decir riéndose a dos carrillos, ya que no estaba dispuesto a aguantar a mujer alguna ni hartó de vino, porque, “escúchame bien, sobrina, la mejor colgada; menos tú, que quede claro; si no fueras pariente me casaba contigo y vivirías como una reina”. Soltero, porque el buey suelto bien se lame y la vida hay que vivirla cada uno como Dios le da a entender. Aunque eso sí, cuando venía al pueblo, que lo hacía

poco, siempre le echaba una mano a mi padre en el huerto, se pasaba muchos ratos en la galería hablando con la abuela y a mí me traía un frasquito de perfume y algunas pulserillas de colores.

Tíos que sólo se acercaban por esta casa de guindas a puerros, con sus esposas e hijos a dar la murga una semana en el verano; la visita del médico que decía mi madre cuando ya se habían marchado con la caterva de niños (que se dice pronto, pues entre todos sumaban diecinueve, porque sólo tía Sonsoles parió siete), con la mitad de lo que mi padre podía recoger en la huerta; que no era mucho, la verdad sea dicha, porque el cacho de tierra no era bueno y ni abonándolo o echándole el estiércol de las gallinas daba más allá de unas patatas o cuatro tomates. “Que tú, tonto de baba, todo el día deslomado sobre los canteros para sacar un poco de todo para el gasto de casa. Vienen ellos y ¡hala!, como si hubieran pasado los vándalos. Y como eres un calzonazos y no sabes decir no a nada, que si hubieras nacido mujer serías un poco rabiza, pues abusan y se lo llevan todo. Como si ellos no tuvieran dinero para comprarlo en la capital, con lo que se gana en la construcción”.

—¡Déjales que se lo lleven, mujer! Murmuraba la abuela mientras limpiaba con parsimonia un cazo de lentejas sobre la mesa de nogal de la cocina. Total, si es todo lo que van a coger los pobres, porque lo poco que quede en esta casa cuando me muera será todo vuestro. La abuela y mi madre, porque mi padre callaba y les dejaba decir a las dos, hasta que se cansaban y todo retornaba a la normalidad. Aunque un poco de razón sí tenían, porque hay que echarle cara para venir una semana con los diecinueve niños, con la guerra que daban y lo especialitos que eran: que si esto no me gusta, que si aquello está malo, que si el pequeño de Analía se cayó de un trillo y le sangraba la rodilla, que si el mayor de Rufino le pegó un puñetazo en un ojo a su prima Nuria, la de tía Auxiliadora, que sí se piensa el Antonio que le voy a pagar una cerveza porque venga de la capi-

tal, lo tiene claro, decía tío Gerardo: ¡qué se joda y se la pague él, que buenas tierras tiene y buen trigo saca. Caer como una plaga de estorninos y no traer ni siquiera unos plátanos o un pañuelo a la abuela, comerse a dos carrillos media matanza y encima arramplar con lo poco que daba la pequeña huerta, como si fuera un derecho escrito en alguna parte.

Ataúl y la monserga de que cuando Dios se la llevara al otro barrio la pusiéramos en uno de madera corriente, sin brillo ni nada; uno de esos de pino que hacía Pascasio el carpintero –con el que cuentan, tuvo amoríos en los primeros años de su juventud– y que se forraban con una tela negra. ¡Ah! y que no nos gastáramos ni una perra chica en flores y martingalas de esas, y menos todavía sobre la tumba. Una simple cruz de madera y a correr. Que la amortajáramos con el vestido negro de la boda que guardaba dobladito entre alcanfores en el último cajón de la cómoda, junto a las viejas fotografías del abuelo, el escapulario y la medallita de la Virgen del Carmen, y sin zapatos, que para ese camino no se necesitaban alpargatas ni nada, decía con palabras que le salían serenas y sin prisa de su boca desdentada ya, y a la que nunca quiso poner dientes nuevos, porque era de la opinión que se perdían los besos. Besos que no solía prodigar pero que cuando era la ocasión nos daba en las mejillas y tan sonoros que parecieran una tormenta de otoño; aunque a Josete, el pequeño de la tía Sonsoles, un demonio de carne y hueso que cuando venía revolucionaba la casa, ni uno ni medio. “El jodío muchacho mira que es esquivo. No sé a quién puñetas se parecerá el angelito”, decía. Y lo decía mirando de reojo a su padre, un albañil regordete de Extremadura al que apodaban “El Cacho”, que cayó por estos pagos cuando lo del Servicio Militar y tropezó en la capital con la pava de tía Sonsoles que ya estaba sirviendo en casa de un médico y a la que dejó preñada a las primeras de cambio y tuvieron que hacer la boda a la carrera porque la niña, mi prima Carola, venía apretando y asomando la cabeza. Que ya dijo la abuela: “pues a lo hecho, pecho; y que aprenda a

ser mujer de su casa como tuve que aprender yo”. Y lo decía mientras se limpiaba las manos en el mandil, cuya principal función era proteger el vestido que estaba debajo, pero que además servía de agarradero para retirar la sartén más que caliente del fuego. Era una maravilla secando las lágrimas de los niños y en ciertas ocasiones, limpiando sus caritas sucias de barro. Servía para transportar desde el gallinero los huevos, los pollitos que necesitaban terapia intensiva y a veces los huevos golpeados que terminaban en la hornalla. Cuando llegaban visitas, el mandil de la abuela servía de refugio a los niños tímidos; y cuando hacía frío, la abuela se envolvía en él. Aquel viejo mandil, agitado sobre el fuego, oficiaba de fuelle. Y él era el que cargaba con las patatas, los tomates y la leña hasta la cocina. Servía también de canasto para llevar las verduras desde el huerto. Después de usarse en la cosecha de las arvejas, le tocaba el turno con los repollos y en junio con las cerezas o los frutos que caían de los árboles al terminar el verano. Cuando alguien llegaba inesperadamente, era sorprendente la rapidez con que el viejo mandil podía quitar el polvo de los vasares y los muebles. Cuando se acercaba la hora de comer, la abuela salía a la puerta y agitaba el viejo mandil y entonces los hombres que estaban en el campo o en las eras comprendían de inmediato que el almuerzo estaba listo. La abuela también lo usaba para colocar en la ventana la torta recién sacada del horno, para que se enfriara. Y cuando de puro viejo se rompía y no servían remiendos ni zurcidos, la abuela lo empleaba para paños de bayetas.

Besos sonoros como una tormenta de otoño, sobre todo a mí, la pequeña de la casa y su ojito derecho, que me hacía rabiarse algunas veces cuando me tiraba de las trenzas al peinarme, pero que me quería como a nada en el mundo. Aunque de pequeña me empeñara en que la abuela dijera, porque me hacía mucha gracia, cuando la enfadaba por alguna tontería: ¡cojona de niña! Que ella me reía luego las gracias y me regalaba caramelos de malvavisco que siempre guardaba en el bolsillo del

mandil, a la par que me iba diciendo que algún día estudiará medicina y llegaría a ser una eminencia. A lo que una servidora, Teresa Clavería Jiménez –para servir a Dios y a usted, que repetía mi madre, sabiendo que a la abuela lo de Dios no le hacía ninguna gracia–, contestaba con un respingo en las palabras y un mohíno en los labios: que nada de medicina, abuela. Seré astronauta, o como mucho, puta, que dice Parmenio, el del tío Faíco, que es el oficio más viejo del mundo y también el mejor pagado; que una tía suya, hermana de su padre, lo es en Madrid y le va de cine. “¡Coño con la Matilde!, si comentaban que había puesto una mercería en el barrio de Salamanca”, retolicó la abuela, mientras rezongaba echando espumarajos por la boca pero partiéndose el culo de la risa por la ocurrencia de su nieta y repitiendo una vez más “¡cojona de niña!”.

Ataúl y pacencia. Pacencia por la mucha que ese Dios, en el que no creía ni pizca por permitir tantas desgracias y tanta hambre, le había dado desde que matrimonió con el abuelo allá por el 39, un día después de san Miguel, cuando las cosechas estaban en los graneros y la uva en los lagares: las de los ricos que no las suyas; y la ermitilla de las eras fue testigo de su amor de juguete y carencia de casi todo, porque tanto ella como él, llevaron al matrimonio lo puesto, una oveja que compraron a Melquiades a cuenta de veinte jornales que mi abuelo echaría en su heredad y que no llegó a cumplir nunca y tuvo que ser la abuela, planchando y lavando la que cerrara el trato, y esa ilusión por vivir que no se la saltaba un galgo.

Pacencia para ir hilvanando día a día unas horas con otras y sobrevivir en un juego de luces y sombras como lo hizo ella hasta los noventa años en que se negó a vivir un solo minuto más y se fue, ciega y sorda como se había quedado los últimos días, como un pajarillo, con sus ojos claros de miel y luna llena mirando hacia el sendero de los chopos, por donde se llegaba a la

casa y se llevaron al abuelo en el camión aquel alba, sentada como estaba en la mecedora de mimbre en la galería acristalada que fuera testigo de tantos anocheceres en tertulia familiar, cuando las aves regresaban a sus nidos y la brisa jalbegaba los sueños de una cena de gachas o de puchas; que no quiso hacerlo en la vieja alcoba donde trajo al mundo a sus hijos, porque allí era la vida, murmuraba, y no quería compartirla con la muerte. Bregando siempre con la sombra del hambre, el martirio de cruz del abuelo y los piojos que todo lo invadían, las manos llenas de sabañones de tanto lavar en el arroyo de las cotovías ropa de los nueve hijos, el abuelo y de otras casas del pueblo para sacar un real con que llenar el puchero; con la sonrisa en los labios y el cabello ensortijado como una escarola; cociendo en la lumbre baja un puchero de sopas de ajo para el desayuno o friendo unos torreznos, otro de garbanzos con berza para la comida y un invento de cariño y cualquier cosa para la cena. En ese ir y volver de todo, mayor-domo de una casa de adobes con techos de caña y doblones de vigas de pino que, la misma tarde de su entierro, cuando todos estábamos ante la tumba abierta que recogería su cuerpo de amapola y sonrisa, ardió como una tea quedándose convertida en pavesas ante los ojos atónitos de todos nosotros que vimos, en un abrir y cerrar de ojos, como sólo quedaron en pie las cuatro paredes, negras como tizones; y en las pavesas flotando en el aire se desvanecían los recuerdos de infancia y tantos sueños de noche de Reyes Magos que casi nunca se cumplieron, porque si pedíamos en la carta una bicicleta roja, nos dejaban una muñeca de cartón y una nota, con faltas de ortografía y todo, en la que nos explicaban que la bicicleta se la dejarían a otros niños más necesitados, como a Blanquita y Alvaro, los hijos de los renteros de la dehesa, dueños de medio término y negocios en la capital, con la que se paseaban de arriba debajo de la plaza dándonos en las narices. Sueños que allí se quedaron, entre la cal de las viejas paredes ahora tan negras y los cuatro baúles calcinados con ropa pasada de moda, las artesas desvencijadas de

hacer la matanza y un espejo con marco de nácar, roto ya, que la abuela depositó hace mil años en una caja de cartón en el desván y que a mí tanto me gustaba desempolvar de cuando en cuando y mirarme en él las pecas diminutas y el color azul de los ojos.

Una casa que no ha vuelto a tener vida desde esa mala tarde en que el viento sopló de cara y no trajo, o no quiso traer, el nombre o los nombres de los que la incendiaron; aunque tal vez, fuera una casualidad o un cortocircuito, que dijeron Rafael y su hijo, los del molino que, curiosamente, nadie les vio por el cementerio esa tarde. Molino pared con pared con nuestra casa y eran los más interesados en que ardiera, por aquello de ampliar el negocio por cuatro perras; aunque nosotros, los que últimamente vivíamos en ella y la compartíamos con la pobre abuela: mis padres y una servidora, nunca quisimos vender, porque era lo único que teníamos. Aunque, después de aquello, mi madre, con esa *Pacencia* de la que hablaba y hacía gala la abuela, sacó fuerzas de flaqueza, vendió el cacho de huerto a Feliciano, cuyas tierras lindaban con él, y a Melquíades el quincallero, las cuatro cosas que tenían algún valor y no destruyó el fuego; y, al alba de un 16 de octubre, Santa Margarita, con mi padre gruñendo porque no comprendía las razones de aquella huida y humillación: “Si hacemos unos adobes y la volvemos a levantar, en cuatro días estamos como antes”, decía compungido, subimos al tren en el apeadero de la Raya, para probar fortuna en la capital como hicieron los tíos.

De todo aquello hace ya mucho tiempo. Tanto que una ya no lleva la cuenta, porque la memoria es sólo para los difuntos, que decía la abuela; y los difuntos son ya tres, contándole a ella, a mi pobre padre, que se nos fue, seguramente de pena, a los tres meses de llegar a la nueva casa en el barrio Ajate de una capital que nos recibió con los brazos abiertos y donde el tío Paco,

solterón empedernido y con todo manga por hombro como corresponde a uno que vive solo, se multiplicó para que nos sintiéramos como en la del pueblo, y mi madre que, haciéndose la valiente, como si el haber dejado el pueblo y los recuerdos entre el fuego no le hubiera afectado, pero que sí lo hizo, porque cada vez tosía más y la fiebre era más alta; se me fue entre los brazos sin darme apenas cuenta, un atardecer de amapolas y azules en el cielo, mirando hacia la carretera por la que no hacía tanto llegamos, cuando las aves regresaban a sus nidos y una servidora, su niña del alma y el ojito derecho de la abuela, con los ojos como el carbón mojado, rebañaba esa pena partida de cumplir quince años.

La cuenta de volver alguna vez al pueblo que se iba enraizando cada vez más en la rabia de mi corazón, porque me quedé sola. Con el tío Paco, el pobre, que también estaba desolado sí, pero sola, porque él tiene su vida y yo no quiero ser una carga; que las tías y tíos, la visita del médico y a su casa. Sola con algo que me lleve hasta el regreso y sin mirar atrás que nunca ha sido ningún sitio, ahora que ya no creo en casi nada, si no es en las verdades perdidas de antemano, la ilusión de la abuela y en los orígenes de una tierra que me viera nacer. Porque, la verdad sea dicha, no sueño con volver sino con quedarme.

Por eso hoy, veinticuatro de un mes de noviembre, santa Flora, aniversario de la muerte de la abuela, después de dejar sobre su tumba esta mañana (aunque no le gustaban) un ramillete de violetas, estoy frente a las cuatro paredes negras de nuestra casa y frente a las llamas de un fuego (seguramente por una casualidad o un cortocircuito) que consumen poco a poco las instalaciones del molino de Rafael que, por esos azares de la vida, está dando tierra a su único hijo, al que una tolva que se desprendió del techo aplastó ayer por la mañana; y, donde, si me vende el solar (que lo hará, por-

que basta con que todo se amolde a las palabras) lo uniré con el de la casa y construiré, aunque me empeñe en un crédito y me vaya la vida en ello, un club de alterne en los próximos meses; y me vendré, en ese tiempo como uno solo y la cabeza bien alta, a regentarlo y vivir de las rentas, en la memoria de la abuela y mis padres, el resto de la vida que me quede, en este pueblo pequeño y hermoso, de donde no debimos salir nunca...

